

Las chicas de la dinamita

«Dynamite Women» (?), EE.UU., 1975.) Director: Michael Pressman. Intérpretes: Claudia Jennings, Jocelyn Jones, Johnny Crawford.

Dinámica-d Descarada-anarquizante serie B, a medias entre «Bonnie y Clyde» y «La cárcel caliente», sobre dos ladronas de bancos a la dinamite —aviesamente interpretadas por dos actrices que parecen hermanas— que comparten dinero, peligro y amante, muy en la línea de los recientes productos de la fábrica Croman. A voir. J.L.G.

Y de la ternura, ¿qué?

«Et la tendresse?... bordel!», Francia, 1978.) Director: Patrick Schulmann. Intérpretes: Jean-Luc Bideau, Evelyne Dress, Bernard Girandea, Anne-Marie Philipe, Régis Porte.



Evelyne Dress y Bernard Girandea

Estimulante-extraña comedia ácida y surreal, por la que revolotean notorios y agradables relentes de Boris Vian, sobre «la dificultad de vivir la ternura en una sociedad agresiva y falócrata». Construida de forma traviesamente circular —la pescadilla que se muerde la cola— cuenta menos una historia que describe, de forma esquiva y angulosa, las relaciones de 3 parejas —los Falócratas, los Románticos, los Tiernos— que se entrecruzan irónicamente en contrapunto. Interpretada en su gran mayoría por excelentes actores desconocidos provenientes del teatro —como la miope relojera A. M. Philipe, hija de Gérard Philipe— posee unacharme considerable y muestra un particular sentido de la invención, pese a ciertas notas banales y una ostentosa fealdad visual. Debut prometedor de Schulmann, más efectivo y divertido y menos pretencioso que los novísimos actuales del cine francés. J.L.G.

Exito con pecado



No es casual que el «Tartufo» de Llovet-Marsillach registre llenos diarios. Por el momento parece el mayor éxito de la cartelera madrileña. Se me ocurre una razón: a la gente le gustan las obras de claves y las referencias a la actualidad.

El caso es que el público se pirra cuando desde un escenario se satiriza no al poder sino a las personas en el poder. El fenómeno es viejo: durante la República la gente se desternillaba de risa cuando Ramper se burlaba de Gil Robles. Por eso Eloy Herrera se ha hecho millonario manejando estas claves. Por eso el «Tartufo» bate récords de taquilla. No quiero, por supuesto, comparar ambos espectáculos. Digo simplemente que la mofa de UCD y de Suárez puede hacerse desde la extrema derecha o desde una determinada izquierda.

Cuando Eloy Herrera echa la sal gorda sobre el escenario, está haciendo un panfleto político ultra contra la democracia sirviéndose de unos recursos que poco tienen que ver con el arte escénico.

Lo de Llovet-Marsillach es otra cosa, evidentemente. En primer lugar, es teatro; en segundo, es inteligente; y en tercero, el objetivo va más allá de la política cotidiana. Estamos ante un problema de graduación. Si hace diez años el «Tartufo» era un pretexto en el que la censura obligaba a ocultar las claves, este «neotartufo» de la libertad ha descendido unos grados. Llovet se ha desmenado alejándose de Molière y acercándonos a las dichosas claves hasta casi meternoslas por las narices y por las orejas. Es como si se hubiera querido buscar un éxito demasiado explícito a base de halagar los más muelles instintos del espectador. Se busca la risa fácil y naturalmente se obtienen éxito y risa.

Sin embargo, hay motivo para la decepción y buena parte de la crítica así lo ha señalado. Este «Tartufo» es como una especie

de divertido crucigrama, pero Llovet ha simplificado las preguntas al extremo: el espectador no necesita pensar mucho para saber que tal alusión va por tal caballero y que tal personaje escénico es tal otro real. Rio gallego de tres letras: todos sabemos que es el Sil. Y esto no sería definitivamente preocupante si el asunto de las claves fuese sólo una anécdota tras la cual brillara la enjundia de unos personajes y unas situaciones. Por desgracia no es así. Da la impresión de que todo se reduce a acertar la pregunta 3 vertical: «Político camaleónico de seis letras terminado en z». Claro el público acierta y aplaude satisfecho.

Tanto se ha querido estirar la cuerda de Molière que al final se ha roto. Difícilmente podríamos decir que el genial cómico francés de siete letras sea el autor del «Tartufo» que triunfa en Madrid porque se refiere a los hombres de la situación.

En conclusión: quien busca un éxito fácil y rotundo, si es inteligente, lo encuentra. Pero en el pecado lleva la penitencia.

José Antonio GABRIEL Y GALAN

Sitges, ventana abierta

Muchos son los llamados y pocos los escogidos



Vaciada de sus pompas veraniegas, Sitges, en otoño, se llena con las obras de su Festival de teatro. Se lo inventó el franquismo para tranquilizarse a sí mismo y consiguió una clamorosa indiferencia ciudadana. Ahora, de la mano de Ricard Salvat, las cosas han cambiado.

Dos logros fundamentales ha conseguido Salvat con los cinco millones que pone el Ministerio: interesar a los mejores grupos de teatro del país y permitir que nos asomemos al exterior, internacionalizando este Festival de Sitges que acaba de cerrar su doceava edición. Sitges es la única ocasión que tiene hoy Catalunya de ver algo de lo que ocurre fuera y de comparar niveles de calidad.

La comparación, este año, ha resultado traumática y es probable que lo siga siendo

en el futuro si no se modifican los planteamientos actuales. A diferencia de los de aquí, los espectáculos extranjeros no suelen ser inéditos. Ello significa que llegan rodados, que no corren ningún riesgo. Precisamente han sido contratados porque se conoce de antemano su calidad y se supone que no van a viajar en vano. A veces, además, proceden de países donde el teatro es realmente un servicio público y un servicio dotado, por añadidura, de dinero abundante. Es el caso, por ejemplo, de Polonia y su Teatro Contemporáneo de Wrocław. Incluso emendando algunos errores flagrantes (para empezar la misma elección de este mal texto de Mercè Rodoreda, titulado «L'hostal de les tres camèlies»), Araceli Bruch no hubiese podido competir con los polacos que nos avasallaron con su «Operetka». Existen excesivas distancias, y todas abismales. Puede que en Polonia resulte difícil comprarse unos pantalones bonitos, pero eso no se nota en «Operetka». La palabra contemporáneo que figura en el nombre de la compañía no es ningún adorno retórico. En materia de sensibilidad (que es lo que cuenta en arte y teatro) están mucho más cerca de nosotros que el agostado ruralismo de Rodoreda y la falta de entreno de los actores y las actrices que encarnaron sus papeles.

De «Operetka» —un espectáculo que se recordará por mucho tiempo— yo destacaría dos cosas fundamentales. En primer lugar, su sobriedad escenográfica en un género, la opereta, que más bien suele pecar de barroquismo. En segundo lugar, el oficio inteligente de los actores. Procede, no sólo de un sueldo estable y de una tradición teatral transmitida, en parte, genéticamente, sino sobre todo de la convicción según la cual la riqueza escénica nace del trabajo constante de los intérpretes. En «Operetka», nadie se abandona ni un instante. La vida de los personajes se manifiesta sin cesar. Incluso cuando es probable que nadie mire. El escenario acaba pareciéndose a una pintura de Brueghel, donde todo proviene del detalle, secundario hay figuras destacadas y figuras secundarias. En suma, se comprueba una vez más que el arte teatral tiene —o debiera tener— horror al vacío. Al vacío actoral.

Al lado de esta «Operetka» y de una «Efígenia en Aulide», también fuera de lo común, presentada por los griegos del Teatron Kesarianis, nuestros montajes proclamaban a gritos la insuficiencia de medios que ha presidido su realización, y siguen reclamando aún, apagados ya los focos, ese replanteamiento que exige con urgencia la vida teatral del país.

Un replanteamiento que debiera comenzar, tal vez, por el propio Festival de Sitges. Es, hoy, una manifestación que se quiere a sí misma minoritaria, destinada a los privilegiados que pueden permitirse una semana de vacación en el mes de octubre o a los amantes de carreteras sinuosas. Y a los habitantes de Sitges tampoco les estudia nada. Sigue siendo, para ellos, un espacio de excepción.

Se dirá que eso ocurre, por definición, en todos los festivales; se dirá que bien va la gente a Avignon o a Nancy o a Bayreuth. Pero estos festivales se producen en otra época del año y, además de superar el costo miserable de cinco millones (no siempre devengados con puntualidad), se inscriben en un panorama cultural muy distinto al nuestro.

Jaume MELENDRES

La patafísica de visita

Ahora que llega el frío y los autobuses, por no ponerles supositorios, obsequian con humaradas a los espías de su tempestuoso periplo, y nos cruzamos por la calle con ogros ventrales resoplando con cara de morsa y gestos de solemnidad analfabeta (Brrr ¡Mierda! ¿Qué hace usted aquí?), y tenemos dudas sobre la estabilidad física de ciertas razones sociales, es un buen momento para leerse, o reírse, o roerse o imaginarse la obra de Alfred Jarry.

La reciente edición de *El amor de visita* viene a engrosar la desgraciadamente incompleta presencia traducida de este autor en nuestro país. Las sucesivas visitas eróticas del joven Lucien a las mujeres (la criada, la puta, la prometida, la vieja, la musa...), visitas absurdas, angustiosas, incómodas, cómicas y disparatadas, a costa de subir escaleras, escalar cornisas, romper jarrones, pisar gatos enroscados, consiguen que algo tan trágico como la imposibilidad del amor nos haga reír. Para un hombre ajeno al mundo de los hombres, introducido en el mundo de las mujeres, interpretar el papel masculino que se espera de él desemboca irrevocablemente en la caricatura castrófica, la incompenetración inclemente, la turbación y los diálogos de opereta quebrada. La perplejidad de Jarry frente al universo femenino, unida a la general perplejidad por todas las cosas, se cristalizan en este libro para recordarnos en plan vacilón el chiste feroz de todos los días. Por suerte, los espíritus lo bastante cultivados o asilvestrados aprovechan todos los datos de guiñol para la dispersa investigación patafísica.

Jarry, por una aliteración del azar es creador del Doctor Faustroll, inventor de la patafísica. La patafísica es en definición «La ciencia de las soluciones imaginarias que cierta simbólicamente los alineamientos con las propiedades de los objetos descritos por su virtualidad». Ciencia de lo particular frente a lo general de lo excepcional y de lo complementario a lo aparente, permite un estudio elíptico e inconsecuente del universo, sin utilidad necesaria.

El Doctor Faustroll, al ir a ser embargado por no pagar el alquiler, convence al escribano para embarcarse en un aventurado viaje por mar de París a París, con un mono cara de culo por grumete que manifiesta todas sus opiniones con un simple y profundo «¡Ha, ha!». Gracias a sus conocimientos patafísicos, el Doctor Faustroll navega con su camastro por los barrios de París, sortea transeúntes que son islas emponzoñadas, se detiene en otros islotes que son obras literarias, pintores, monstruos del arte, periódicos, discursos. La patafísica le permite maeltromarse por la existencia, enloquecer, morir y seguir vivo, explorar el amor, demostrarle a Lord Kelvin que el sólido más frío es el Sol, nacer a los 63 años y tener la misma edad toda la vida, probar que el hombre es Dios y medir la superficie de la divinidad...

EL AMOR DE VISITA

Alfred Jarry



A Jarry le obsesionaba la superioridad vital y sexual de la mujer frente al hombre («La ninfomana es la única mujer verdadera») y trató de idear el superhombre patafísico, que desde la ilimitación sexual pudiese ilimitar su poder sobre todo lo demás. Al escribir el *Supermacho*, materializó en su héroe, Marcueil, las íntimas aspiraciones sobrehumanas de todo pobre macho impotente. Divierte leer todo el libro, saborear la mezcla de experimento científico con feroces impulsos animales, ver el alcohol tratado como el alimento milagroso que puede conseguir la superpotencia humana (Jarry murió a los 35 años por alcoholismo —¡Se bebía la absenta sin mezclarla con agua!—) y el tratamiento definitivo del amor como «una pasividad de piedra que cae».

Para un tratamiento patafísico de la política y la brutalidad de cocos ignorantes, no hay mejor ejemplo que las hazañas del Padre Ubu, en sus buenos tiempos rey de Polonia, o sea, de ninguna parte, ideado por Jarry a los quince años en el colegio y largamente desarrollado a lo largo de su vida, para escenario de tantos Ubuses que han sido, son y serán, por el camino que llevamos.

Así que no nos vendría mal, dados los tiempos que corren, darle un cierto tono patafísico a lo que nos enseñaron en la escuela, como simple necesidad de supervivencia, de humor, de victoria humana frente a la derrota social. ¿Por qué no una sucursal española del ilustre Colegio de Patafísica? Jarry nació en 1873, estamos en el año 106 de la era patafísica. ¡Y nosotros leyendo a Gerald Green! Oh, Dios mío, ay, mamá, ¡mordre!

JORGE G. BERLANGA

El amor de visita. — Ed. Laertes. Barcelona.
Hechos y dichos del Dr. Faustroll, patafísico. — El Madrágora. Barcelona.
El Supermacho. — Ed. Fontamara. Barcelona.
El amor absoluto. — Ed. Fontamara.
Ubu rey. — Star Books. Barcelona.